

CAPÍTULO XIII.

De como hubo una grande hambre que asoló la Turingia, y la amada santa Isabel practicó todas las obras de misericordia.

Esurivi, et dedistis mihi manducare: siliivi, et dedistis mihi bibere: hospes eram, et collegistis me: nudus, et cooperuistis me: infirmus, et visitastis me: in carcere eram, et venistis ad me.

(*Matth.* xxv, 35-36).

No bien partiera el Duque para alistarse en las banderas imperiales, cuando en toda la Alemania se declaró una hambre horrosa cuyos estragos se hicieron sentir principalmente en la Turingia. La plaga redujo al pueblo al último extremo: veíanse bandadas de pobres por los campos, las carreteras y los bosques buscando y arancando para matar el hambre las raíces y frutos salvajes que son el comun alimento de las bestias, y devorando los caballos y asnos muertos, con otros animales mas inmundos. Pero á pesar de tan desesperados recursos, gran número de estos desgracia-

dos murieron de hambre, dejando los caminos y senderos cubiertos de cadáveres.

Á la vista de tan espantoso infortunio, penetró el corazon sensible de Isabel una compasion inmensa. De dia y de noche ya no pudo pensar ni ocuparse en otra cosa que en aliviar la miseria de sus infelices súbditos. El castillo de Wartbourg llegó á ser como el foco de una caridad sin límites, derramando de continuo inagotables beneficios sobre las poblaciones vecinas. Isabel dió principio á sus tareas caritativas distribuyendo entre los pobres del ducado todo el dinero contante de las arcas del Duque, importante la cantidad, muy grande para entonces, de sesenta y cuatro mil florines de oro, producto de la venta reciente de unas posesiones. Despues de esto mandó abrir todos los graneros de su marido; y sin hacer caso de la oposicion de los oficiales de la casa ducal, mandó distribuir hasta el último grano al pobre pueblo; y eso que la cantidad de grano, al decir de los contemporáneos, era tan considerable que solamente para rescatar lo que fue repartido entre los pobres, fuera necesario dar en hipoteca los dos mejores castillos del ducado y muchas ciudades. Esta tan

grande generosidad iba acompañada de exquisita prudencia, pues el trigo no se daba en cantidades crecidas, que acaso se hubieran empleado de una manera inconsiderada, sino en pequeñas porciones que se daban al pobre para cubrir la necesidad del día; y á fin de completar el favor, ahorrando gastos al infeliz hambriento, salía ya amasado y cocido del castillo todo cuanto podían abastar los operarios y dependencias del mismo, entregando por sí misma la Duquesa á los pobres los panes aun calientes. Novecientos pobres acudían allí diariamente á participar de la generosidad de la insigne bienhechora.

Pero quedaba un número mucho mayor de los que no podían, por lo débiles, achacosos, ó enfermos, trepar á la altura donde estaba situada la residencia ducal; y esta clase fue la que durante la horrible crisis participó con preferencia de la solicitud y compasión de la Duquesa. Al pié del monte bajaba ella misma los restos de su comida y de la de sus doncellas, que todas guardaban escrupulosamente por temor de amenguar la ración del pobre, y los repartía entre algunos que había entresacado de los mas desvalidos y debilitados. En aquel

hospital de veinte y ocho camas, que, según dijimos, había mandado construir á mitad de la cuesta del castillo, colocó los enfermos de mas cuidado, organizándolo de forma que apenas moría uno cuando entraba á ocupar el lecho vacante otro venido de fuera. En la ciudad misma de Eisenach instituyó otros dos hospicios, el uno bajo la advocacion del Espíritu Santo cerca de la puerta de San Jorge ¹, y el otro bajo la de Santa Ana; el primero destinado para mujeres pobres, y el segundo para toda clase de enfermos. Este último todavía existe ². Todos los días, sin dejar uno, la jóven Duquesa bajaba y subía la áspera y dilatada cuesta que conduce desde el castillo á estos dos hospicios, despreciando la fatiga por el gusto de visitar á sus pobres y proveerles de las cosas necesarias ó agradables; recorría las camas una por una, se informaba de los deseos de los pacientes, y les tributaba los oficios mas repugnantes con un celo y ternura que únicamente por

¹ Hay autores que hacen remontar la fundacion de este asilo á la época de la primera cruzada; de todos modos fue ensanchado por Isabel.

² La inscripcion que hoy se lee sobre la puerta principal dice que fue fundado por la Santa en 1229: acaso está equivocada la fecha.

el amor de Dios y su gracia especial podían ser inspirados. Con sus propias manos daba el alimento á aquellos pobres cuyas dolencias eran mas asquerosas, y luego les hacia la cama, los tomaba á cuestras ó en brazos para cambiarlos de sitio, les enjugaba el rostro, nariz y boca con su mismo velo, haciendo todo esto con una gracia y alegría inalterables. Á pesar de que aquella atmósfera infecta le repugnaba en extremo y no podia sufrirla, allí permanecía firme respirando el aire mefítico de la enfermería en medio de los calores del estío, sin manifestar la menor incomodidad mientras sus doncellas se quejaban en alta voz de la molestia y malestar que sufrían en aquellos sitios.

«Mientras palpitaban de horror los corazones de las personas de su comitiva «(dice sobre esto un buen religioso del siglo XVII), esta Princesa del paraíso decia «sonriendo: Cuando Dios me llame á juicio «y me pregunte si he servido á los pobres, «diré yo: Sí, Dios mio, y por mas señas «que mis doncellas y criadas al verme tuvieron náuseas muchas veces ¹.»

¹ El minimita P. Mateo Martin en su obra: *Les apanages d'un cavalier chrétien*, etc. Mons, 1628.

En uno de estos dos hospicios habia fundado un asilo particular para los niños pobres enfermos, abandonados ó huérfanos, objeto especial de una ternura que daba bien á conocer con sus mas afectuosos y dulces cuidados. No tardaron aquellos candidos corazones en conocer cuán dulce madre les deparaba Dios en medio de su miseria. En cuanto se presentaba en medio de ellos, cual acuden los polluelos á cobijarse bajo las alas de su madre, corrían á su encuentro y se pegaban á sus vestiditos gritando ¡madre! ¡madre! ¹ y ella, haciéndoles sentar á su lado, les repartía pequeños socorros, reparaba en el estado de cada uno, y se complacia en reservar la explosion de su compasivo afecto para los que veía mas enfermos y asquerosos, tomándolos en su regazo y colmándoles de caricias ².

No contenta con ser la bienhechora de todos estos desventurados, era tambien su amiga y confidenta. Habiéndole revelado

¹ Quemadmodum pulli congregantur sub alis gallinae, ita sub alis maternitatis eius parvuli illi pauperes requiescentes obebantur. (*Theod.*)

² Sibi filialiter assidendo... scabiosos, infirmos, debiles, magis sordidos et deformes specialiter dilexit, capita eorum manibus attractans, et in sinu suo collocans. (*Theod.*)

un enfermo el pesar que causaba á su conciencia el recuerdo de una deuda que no habia podido pagar, le tranquilizó al punto ofreciéndose á pagarla por él, como lo hizo al momento.

El tiempo que le dejaba libre el cuidado y vigilancia de los hospicios, lo dedicaba á recorrer las cercanías de Wartbourg, distribuyendo socorros á los pobres que no podian aproximarse al castillo, visitando las mas escondidas chozas, y haciendo los oficios mas bajos é impropios de su elevada gerarquía. El dueño de una de estas miserables viviendas le pidió un día un poco de leche, quejándose en tono lastimero de no tener fuerzas para acercarse á ordeñar su vaca: la humilde Princesa corrió al momento al establo y se puso á ordeñar la vaca del pobre; pero el animal, poco habituado á ser manejado por manos tan delicadas, no la permitió consumir su benéfica tarea y piadosa intencion.

Procuraba hallarse á la cabecera de los moribundos para animarlos en la lucha de los últimos momentos y recoger su postrer suspiro con un ósculo de fraternal caridad, rogando fervorosamente á Dios horas enteras que se dignara santificar el fin de

estos infelices y recibirles en su gloria. Fiel á su costumbre de cuidar del funeral de los pobres, y no obstante la mortandad siempre creciente, de continuo se la vió acompañar los cadáveres á la huesa, despues de haberlos amortajado por sí misma con telas tejidas por ella para este objeto, ó tomadas de su mismo guardaropa, habiendo un día echado mano para ello del velo blanco que habitualmente llevaba puesto. Tomaba muy á mal que para dar sepultura á la gente rica se emplearan telas nuevas ó de valor; en vez de éstas, mandaba poner otras usadas, y destinar para los pobres el importe de las primeras.

No olvidó su caridad solícita á los presos, pues donde quiera que sabia haber algunos iba á visitarles, rescatando con dineros, si los tenia, á los que se hallaban detenidos por deudas; curaba y vendaba las llagas causadas por los grillos y cadenas, y arrodillada junto á ellos, pedia á Dios que les tuviera en su santa guarda, y les preservase de las penas y castigos de la otra vida.

Tantas ocupaciones, capaces de infundir el desaliento y la fatiga en el alma humana, léjos de inspirar disgusto en la suya,

producian la paz y una alegría angélica. Mientras derramaba á manos llenas sobre tantos pobres, sus hermanos, los tesoros de su caridad, tenia siempre elevados y fijos en el Señor el corazon y el pensamiento, y con frecuencia interrumpia sus benéficas tareas para decir en voz alta: «¡Oh Señor! quisiera poder daros las debidas gracias por la merced que me haceis en poder recoger á estos infelices que son vuestros mejores amigos, y servirles por mí misma.» Y como un dia dijera en el hospital esta oracion jaculatoria, creyeron los pobres ver un Angel que bajaba á ella y decia: «Alégrate, Isabel; que tambien tú eres la amiga de Dios omnipotente, y brillas en su presencia como la luna.»

Hubo otras señales prodigiosas que parecieron probar á las almas piadosas y sencillas cuán agradables eran á Dios la caridad y humildad de esta Princesa. Un dia bajó á la ciudad para comprar vajilla y juguetes de vidriado para los niños pobres del hospicio: al volver cargada con todos estos objetos que llevaba recogidos en una punta del manto, volcó por descuido del conductor el carruaje donde venia, cayendo sobre un montón de piedras desde lo

alto de un peñoncillo. Pero no solamente no quedó lastimada del golpe, sino que tampoco se quebró ninguna de las chucherías que traia para los niños, á quienes corrió á entregarlas para que se divirtieran.

Otra vez que llevaba el delantal lleno de provisiones para un grupo de pobres, notó que no iba á tener bastante para todos, pues mientras repartia, acudian otros muchos á participar del socorro. Turbóse con esto, pero luego se recogió en oracion interior continuando en repartir los relieves y mendrugos del delantal, que, conforme sacaba, eran reemplazados por otros milagrosamente y de manera que despues de contentar á cada pobre, todavia le quedaron muchos. Llena de gozo y cantando las alabanzas de Dios, dió la vuelta para el castillo, dando gracias rendidas al Señor que quiso comunicarle su omnipotente virtud conforme á aquella divina promesa: *En verdad os digo: El que en Mi cree, él tambien hará las obras que Yo hago, y mayores que estas hará.* (Ioan. xiv, 12).

No fueron las poblaciones inmediatas al castillo las únicas en participar de tanto amor y cuidados: la maternal y soberana solicitud de Isabel alcanzó tambien á los

puntos mas lejanos en los Estados de su marido. Expidió órdenes terminantes para que las rentas todas de los cuatro principados ¹ que poseia el Duque se invirtieran exclusivamente en el alivio y mantenimiento de los pobres que el hambre dejaba sin recursos, y no obstante la oposicion de la mayor parte de los oficiales del Duque, cuidó por sí misma de que estas disposiciones se cumplieran á la letra. Además para suplir lo personal de auxilios y cuidados para con estos pobres, cosa imposible por la distancia, vendió todas sus joyas, pedrería y otros objetos de valor, y mandó repartirles el importe.

Todas estas disposiciones continuaron hasta la cosecha de 1226; pues entonces la Duquesa, reuniendo todos los pobres aptos para el trabajo, así hombres como mujeres, y proveyéndoles de hoces, camisas nuevas y calzado para preservarles de lastimarse los piés con el rastrojo, los envió á trabajar. Los imposibilitados de ir allá recibieron vestidos hechos ó comprados al efecto por ella y distribuidos con sus propias manos; los que marchaban á la siega

¹ La Turingia, la Hesse, el Palatinado de Sajonia, y el Osterland.

recibian despedida llena de afecto y un socorro pequeño en dinero para el viaje: acabándose la moneda, acudió á los velos y vestidos de telas ricas, y rompiéndolos, daba los pedazos á las mujeres diciéndoles: «Os doy estas cosas, no para adornaros, sino para que, vendidas, os sirvan para aliviar vuestra penuria y ayuden á trabajar segun vuestras fuerzas, porque escrito está: *Que el que no trabaja, no come.*» Una pobre viejecilla, á quien la Duquesa habia dado camisas, zapatos y un manto, recibió con la dádiva tal arrebató de gozo que, prorumpiendo en exclamaciones y gritando que nunca semejante dicha habia conocido, cayó en el suelo como muerta. Asustada Isabel se dió prisa á alzarla del suelo y tuvo á pecado el haber comprometido con su imprudencia la vida de aquella mujer.

Yo he visitado con tierno respeto y sumo cuidado los sitios que fueron teatro de caridad tan inagotable y abnegacion tan sobrehumana. He recorrido todos aquellos escarpados senderos hollados por la infatigable planta de la amiga de los pobres; he paseado largo rato los atónitos ojos por aquel magnífico paisaje que se descubre desde lo alto de Wartbourg, embelesado

con el pensamiento de que tambien los ojos benditos de Isabel habian contemplado cási toda su vida aquella vasta extension de país abrazándola toda entera con aquella amorosa mirada que no tiene en la tierra ni su origen ni su recompensa. ¡Ay! todos los monumentos fundados por la régia limosnera, todos han perecido; y el pueblo, al olvidar la fe de sus abuelos, tambien se ha olvidado de ella: solo quedan resistiendo al olvido algunos nombres que conservan para el peregrino católico la huella de la carísima Santa. En el mismo castillo de Wartbourg la memoria de la humildad y caridad de Isabel ha sido destronada por la memoria de Lutero ¹, del orgullo rebelde y victorioso: en aquella antigua capilla donde ella tantas veces oró, se enseña hoy á los viajeros el púlpito del orgulloso hereciarca. Pero le ha quedado, y todavia lleva hoy su nombre, el sitio modesto y oculto donde se alzó aquel hospital, construido por ella á las puertas de su palacio ducal

¹ El elector de Sajonia, su protector, al volver de la Dieta de Worms, le encerró secretamente en este sitio para ponerle al abrigo de la sentencia pronunciada contra él. El hereciarca llamaba modestamente este retiro su isla de Patmos.

como para no perder nunca de vista el cúmulo de las miserias humanas en medio de las grandezas de su clase. Cien años despues de su muerte, en 1331, el hospital fue convertido en un convento de Franciscanos fundado y dedicado á su memoria por el landgrave Federico el Sério. En tiempo de la Reforma fue suprimido con otros diez y siete conventos é iglesias que solamente en la ciudad de Eisenach fueron saqueados y destruidos en un dia, habiendo salido de ellos de dos en dos los monjes y sacerdotes cantando el *Te Deum* en medio de los silbidos y rechifla del populacho ¹. No fue mas respetado que los otros el monumento de la bienhechora del país; y los escombros se emplearon en reparar las obras de fortificacion del castillo. Queda sin embargo una fuente, un manantial de agua limpia y fresca que cae en una cuenca de piedra abovedada sin otro adorno que la multitud de flores y frescas sombras que la rodean. Aquí es donde la Duquesa lavaba con sus manos la ropa de los pobres ², y toda-

¹ En 1524. Véase la tierna pintura que del suceso hace el historiador protestante: *Bericht von der stadt Eisenach*.

² Ó los mismos pobres, segun otros. Limperg,

vía hoy se llama la *fuelle de Isabel*. Al rededor de este sitio hay una plantacion espesa que le oculta á la vista de la mayor parte de los transeuntes, y algunos pequeños restos de un cercado; el pueblo ha dado á este conjunto el nombre de *Jardin de Isabel*. Mas léjos, en la parte baja oriental de la montaña que domina á Wartbourg, y entre esta montaña y la antigua Cartuja, consagrada en 1394 á la Santa ¹, se despliega á la vista un valle encantador atravesado por un plácido arroyo que corre por medio de praderas llenas de rosas y lirios; sobre los flancos proyectan su sombra venerables encinas, restos de los antiguos bosques de la Germania. En uno de sus recodos forma este valle una garganta secreta y solitaria donde hay una cabaña que en otro tiempo fue capilla. En este sitio reunia Isabel á los pobres, amigos de Dios y suyos; allí la conduckia su ingeniosa é incansable ternura por senderos extraviados, y al través de los

das im Jahr 1702, lebende und schwebende Eisenach.

¹ Esta Cartuja, que se llamaba Elisabethenhaus, tambien ha sido completamente arrasada. Solo queda una piedra que es un sepulcro. Sobre el área está hoy la casa de correccion y el jardin botánico.

bosques, cargada con víveres y socorros, para ahorrar á los infelices el trabajo de la penosa subida al castillo, y tambien para sustraerse á las miradas de los demás hombres. Todavía hoy llaman á esta garganta solitaria *Campo de los lirios*; á la humilde cabaña *Reposo de los pobres*; y todo el valle llevaba todavía no ha mucho el dulce nombre de *Valle de Isabel* ¹.

CAPÍTULO XIV.

Que el duque Luis volvió al lado de su esposa, y como administró recta justicia á sus amados monjes de Reinhartsbrunn.

Confidit in ea cor viri sui.

(Prov. xxxi, 2).

In tribus placitum est spiritui meo... concordia fratrum, et amor proximorum, et vir et mulier bene sibi consentientes.

(Eccli. xxv, 1, 2).

Mientras tanto el duque Luis, sabedor sin duda de los males que afligian á su pue-

¹ He tomado estas noticias sobre el terreno mismo en junio de 1834. Hoy el valle ha sido bautizado de nuevo, y le llaman Marienthal, en honor de una gran duquesa de Sajonia-Weimar.